

apunta en una dirección válida. La reflexión sobre la oración implica en efecto —como Cullmann afirma con claridad— una determinada comprensión de Dios y, en consecuencia, del hombre y de la historia, y para evidenciar esos presupuestos es necesario ir al fondo del mensaje neotestamentario siguiendo vías para las que no resulta suficiente la metodología histórico-literaria.

Terminada la tercera parte de su obra, Cullmann incluye una breve conclusión —pp. 231-232 de la edición castellana— en la que enuncia diez tesis sobre la oración. Reproduzcamos parte de una de ellas, la segunda: «el fin último de la oración es el encuentro con Dios, el acceso a su amor». Hemos escogido esta conclusión, porque la frase expresa muy bien el espíritu y la intención del libro, y por tanto su valor, aunque permite a la vez apuntar una observación crítica. La referencia al amor de Dios es, en efecto, constante en el ensayo de Cullmann, pero cabe anotar que el amor del que se ocupa es, predominantemente, el amor de benevolencia, el amor que lleva a querer el bien y a dispensarlo, y no tanto el amor que llama a la unión. Dicho con otras palabras, Cullmann acierta al dedicar particular importancia al estudio de la oración de petición, ya que este tipo o forma de la oración constituye una verdadera piedra de toque de la autenticidad de la percepción de la realidad viva de Dios y de la relación con Él, como pone de manifiesto la parábola del fariseo y el publicano, y subrayó de manera inolvidable San Agustín en su polémica con la reducción pelagiana de la oración a oración de alabanza. No obstante, una acentuación excesiva de ese aspecto o forma de oración corre el riesgo de resultar unilateral. La petición, siendo decisiva, no es el todo de la oración, y hay aspectos de la oración —pienso particularmente en los eclesiales y en los que implican o abren a la comunión entre el hombre y Dios— a los que Cullmann apenas alude, aunque diversos textos de los Evangelios y especialmente de los escritos de San Pablo y San Juan hubieran dado pie para ello.

José Luis ILLANES

Samuel FERNÁNDEZ, *Cristo médico, según Orígenes*, Institutum Patristicum Augustinianum, Roma 1999, 327 pp., 17 x 24, ISBN 88-7961-033-3.

En décadas recientes se está desarrollando una línea de investigación origeniana que está dando buenos frutos, y se muestra como camino acertado para aproximarse al pensamiento de Orígenes. Ésta consiste en centrarse en categorías simbólicas utilizadas preferentemente por Orígenes, para, desde ese punto de partida, captar de modo más amplio su pensamiento teológico. P.ej.: cautiverio (Alcáin), sacrificio (Hermans), luz (Martínez Pastor), vida (Gruber), boca y corazón (Harl).

El autor de la presente obra, un sacerdote chileno que hizo su doctorado bajo la dirección del Prof. M. Simonetti en el Augustinianum, se centra en tres metáforas origenianas relacionadas con la salud: enfermedad, el enfermo y el médico. Estas tres categorías, según el autor, son empleadas por Orígenes para describir el misterio de la acción divina sobre los hombres.

Resulta interesante la metodología de estudio que utiliza el autor, convencido por Perrone, Simonetti y otros estudiosos de que el método habitual de Orígenes obedecía al esquema de *quaestiones et responsiones*, es decir, de diálogo con posturas varias para ofrecer soluciones convincentes a las dificultades presentadas. Desde tal esquema es necesario, antes de analizar los contenidos de las afirmaciones de Orígenes, captar bien la postura con que intenta dialogar. Este modo de aproximación es factible, ya que en bastantes casos poseemos información de otras fuentes acerca de las posturas —gnósticas, marcionitas, judías— con que polemizaba Orígenes.

En el estudio de Fernández sobre la «enfermedad» en Orígenes se descubre que, en la mayoría de los casos, el alejandrino entiende que la mención bíblica de dolencias físicas tiene una correspondencia en el interior del hombre: se refiere al pecado o a alguna deficiencia espiritual (sobre todo en relación con la posibilidad de captar el mensaje divino). En cierto modo, este capítulo constituye un complemento a los estudios realizados anteriormente por otros autores, sobre la doctrina origeniana de los sentidos espirituales, es decir, la idea de una capacidad para captar con mayor o menor hondura la verdad sobre Dios.

El estudio de Orígenes sobre el «enfermo» en la Biblia revela que tiene de él tanto una interpretación colectiva (Israel, o la Iglesia de las naciones) como individual, aunque esta última parece la preferida. En ambas interpretaciones hay un subrayado puesto en la historia, en cuanto proceso salvífico dirigido por Dios para recuperar a los hombres. El hecho de que Orígenes empleara poco la metáfora médica (que conoce enfermedades incurables) a la hora de hablar de la restauración final parece apoyar la tesis de que Orígenes esperaba una salvación final de todos los seres espirituales.

El estudio sobre el «médico» en la exégesis origeniana identifica a Dios y a su Palabra personal como protagonistas principales de la sanación espiritual de las criaturas, si bien actúan también los ángeles y los discípulos.

De la investigación, centrada en pocas categorías, se puede colegir una profunda conclusión: que Orígenes, a las clasificaciones rígidas de los gnósticos, oponía la visión de una historia dinámica, apoyada en una doctrina de la libertad humana. En otras palabras, el dar un decidido peso a la historia (tan

propio del pensamiento encarnacional cristiano) es la respuesta de fondo de Orígenes a la postura gnóstica.

Son percepciones de esta amplitud las que, en definitiva, muestran el valor de una investigación sobre un punto concreto de la obra origeniana.

José ALVIAR

César IZQUIERDO, *De la razón a la fe. La aportación de M. Blondel a la teología*, («Colección Teológica», 97), EUNSA, Pamplona 1999, 228 pp., 15,5 x 24, ISBN 84-313-1728-0.

Desde hace años la figura de Blondel, sin especiales esfuerzos propagandísticos, mantiene su presencia en la vida teológica, y se resiste a pasar al olvido, lo que, generalmente, es manifestación de que encierra algún valor permanente y que está destinado —muy probablemente— a ser una de las referencias obligadas que caractericen el siglo XX en materia teológica; en definitiva, a ser un clásico. Todavía no se puede afirmar con seguridad, porque estamos demasiado cerca, pero todo apunta en esa dirección.

Con la perspectiva que tenemos y los testimonios recogidos, conocemos ya la importante inspiración que, en diversos puntos, han supuesto los trabajos y los intentos de Blondel. Y la importante repercusión que han tenido en autores clave, como Henri de Lubac, quien no sólo no se ha recatado en reconocer lo mucho que le debe, sino que, además, ha luchado por reivindicar la importancia de su figura, y se ha esforzado en difundir algunas de sus principales ideas.

Blondel es un pionero en muchos temas, lleno de intuiciones clarividentes, que intenta verter en ensayos. Estos tienen, generalmente, la apariencia de esbozos, de tanteos, de avances en terrenos poco transitados: no siempre acabados, no siempre completos, pero con intuiciones muy sugerentes. Es necesario perdonarle algunas imprecisiones y precipitaciones, alguna *ignorantia elenchí*, sobre todo cuando interviene en el terreno propiamente teológico. Pero todo queda compensado con las inspiraciones que ha aportado a algunos temas capitales de la teología del siglo XX. Tiene los defectos de quien transita por terrenos no trillados, pero también esa grandeza.

En este contexto, resulta muy oportuno este trabajo, pues está dedicado, como reza el subtítulo, a estudiar *La aportación de M. Blondel a la teología*. Se trata de una panorámica, ya con cierta perspectiva, de los grandes temas. No quiere ser una valoración del conjunto de su pensamiento, ni tampoco se hace un recorrido por las influencias patentes o latentes en otros autores del siglo